

V I C T O R M. R E N D O N

MIEMBRO DE LA ACADEMIA ECUATORIANA
Y CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

EL MILAGRO DE SAN ANTONIO

(del libro "Cuentos de Delfín de las Peñas")

con traducciones, en cinco idiomas, de:

PHILINE BURNET (francés); NUNO BEJA (portugués);

ALBERTO VIVIANI (italiano); ERNA GRUNERT (alemán)

y RICHARD PEREZ (inglés).



: : : ; : 1 9 3 6 : : : : :

LITO-OFFSET E IMPRENTA LA REFORMA-57620

EDITORIAL JOUVIN-GUAYAQUIL, ECUADOR, S. A.

al Sr. Dr. Carlos B. Sevilla,
su admirador, apuro amigo
YRS.

Pedro Pablo Rendón
Guayaquil, abril 28/1936

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

- TELEFONEMAS, poesías, con un prólogo del Excmo. señor don José Ma. de ORTEGA MOREJON, Madrid, 1908;
- TELEPATIAS, poesías, Madrid, 1908;
- LA COLUMNA A LOS PROCERES DEL NUEVE DE OCTUBRE, Madrid, 1916;
- CLEMENTE BALLEEN, biografía, Madrid, 1916;
- ECOS DE AMOR Y GUERRA, poesías, con un prólogo del profesor señor don Ernest MARTINENCHE;
- ENCANTAMIENTOS PATRIOS, poesías, París, 1929;
- LORENZO CILDA, novela ecuatoriana, París, 1927;
- OBRAS DRAMATICAS REPRESENTADAS EN AMERICA:
- HOY, AYER Y MAÑANA, comedia en un acto y en prosa, 1922;
- CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ, comedia, en un acto y en prosa, 1922;
- EL MATRIMONIO EUGENICO, drama en dos actos y en prosa, 1923;
- EL AUSENTISMO, comedia en tres actos y cuatro cuadros, en prosa, 1923;
- MADRINAS DE GUERRA, comedia en un acto, en prosa, 1923;
- CUADRO HEROICO, comedia dramática, en un acto y en verso, 1923;
- PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA, sainete, en un acto y en prosa, 1925;
- EN FUENTE FLORIDA, comedia, en un acto y en prosa, 1927;
- SALUS POPULI, drama histórico, en un acto y en prosa, 1928;
- CHARITO, drama en cuatro actos y en verso, 1928;
- NUESTRAS HERMANAS LATINAS, versión en versos castellanos del Cuadro alegórico en versos franceses de Max Daireaux, 1930;
- ALMAS HERMOSAS, sainete cómico-dramático, en un acto y un prólogo, 1930;
- LAS TRES VICTORIAS, comedia en cuatro actos y en prosa, 1930.

TEATRO COMPLETO, en cinco tomos, de los cuales dos han aparecido ya.

CUENTOS DE DELFIN DE LAS PEÑAS, con un prólogo del Doctor José RECAMIER, Guayaquil, 1934.

OBRAS EN IDIOMA FRANCÉS:

NOTES DE MON CARNET, crónicas, Gand, 1882;

AMADA, poema, París, 1892;

HEROS DES ANDES, poesías editadas por A. Lemerre, París, 1904;

FLAMMES ET CENDRES, poesías, París, 1905;

OLMEDO, Homme d'Etat, Chantre de Bolivar, in 8º ilustrado, París, 1905;

LA ROSE, traducción en versos de la poesía "La Rosa del Jardinero" de los Sres. Alvarez-Quintero, Madrid, 1909;

LA FRONTIERE DE L'EQUATEUR, París, 1914; 2ª edición, Niza, 1931;

L'EQUATEUR PENDANT LA GUERRE UNIVERSELLE, París, 1917;

EDITH CAVELL, traducción del poema de Miguel Valverde, París, 1919;

LORENZO CILDA, novela ecuatoriana, versión francesa, con un prólogo del Excmo. señor Ed. CLAVERY, París, 1931; premiada por la Academia Francesa, en 1933;

PROSES ET RIMES DESUETES (inédito), París, 1931;

LES RELATIONS DIPLOMATIQUES ET LITTERAIRES ENTRE LA FRANCE ET L'EQUATEUR, Communication à l'Académie des Sciences Morales et Politiques de France, Mars, 1931; publicada por esta Academia en Julio de 1931;

LE REVENANT, un acto, en versos franceses, París, 1918;

SALUS POPULI, drama histórico, versión francesa, publicada en la "Revue de l'Amérique Latine, París, 1928;

AMES SUBLIMES, un acto, en prosa (inédito), 1928;

HOMMES ILLUSTRES DE L'EQUATEUR, en preparación;

EVOCACIONES MADRILEÑAS, sobre el arbitraje de límites amazónicos; id., ALMACIGAL, crónicas, 1895-1936, en preparación.

AL LECTOR

EL MILAGRO DE SAN ANTONIO, que aquí figura en seis idiomas, está publicado en mi libro "Cuentos de Delfin de las Peñas", impreso en la tipografía de la benemérita Sociedad Filantrópica del Guayas; pero, su primera aparición se verificó en la célebre Revista "Hojas Selectas", de Barcelona, (número de julio 1914), dirigida por los distinguidos publicistas señores Salvat Hermanos. Más tarde, lo traduje al francés para que fuera insertado en la "Revue Bleue", de París, por su ilustre director, miembro del Instituto de Francia, Sr. Paul Gaultier. La versión en la lengua de Víctor Hugo habiendo sido hecha igualmente por la insigne mujer de letras, Sra. Dña. María Giroud-Venturini, traductora de todos mis cuentos, que escribe con el pseudónimo de PHILINE BURNET, mi cortesía como mi gratitud, no han vacilado en publicarla en este opúsculo preferentemente.

PHILINE BURNET, poetisa y escritora que, en diversas ocasiones, ha merecido laureles en certámenes públicos, es conocida de los ecuatorianos desde que leyeron en "El Telégrafo", (número del 6 de setiembre de 1933), mis conceptos justicieros sobre esa eminente profesora. Saben así cuán noble es el alma, exquisito el corazón y bella la inteligencia de tan virtuosa dama. Vive

hoy, con su esposo, meritisimo profesor igualmente, entregada al estudio y a labores agrícolas en su preciosa finca "Las Figueras", en Toulouse Saint-Simon, bajo el resplandeciente cielo de aquel cautivante departamento francés, bañado por las raudas aguas del famoso Garonne. Su último himno a los aviadores "Les Ailes" ha obtenido triunfante acogida al ser cantado públicamente.

Admirado en la nación ecuatoriana, como en otras, es el Teniente NUNO BEJA, cronista, crítico, colaborador en gran número de diarios portugueses y extranjeros, en los que reproduce, vertidas al idioma de Camoens, narraciones de autores del Ecuador. Conferenciante muy aplaudido, discurre sobre temas militares con gran competencia y sobre glorias nacionales o varones ilustres de su patria como de otros países. Su activa vida intelectual está reflejada en mi crónica del 22 de noviembre de 1931, en "El Telégrafo". Es hoy miembro correspondiente del Centro de Estudios Literarios de la Universidad de Guayaquil. Nuno Beja reside en la histórica ciudad universitaria de Portugal, en Coimbra, donde pasé gratos días, inolvidables, en el mes de noviembre de 1903. Allí ha traducido al portugués casi todos mis cuentos y los ha publicado en "A Voz de Coimbra", "Diario de Coimbra" y en periódicos de otras ciudades; pero, encariñado con "El Milagro de Santo Antonio" hizo de él, honrándome, una edición especial, lujosa, acompañado con mi retrato y datos biográficos. Su acendrado patriotismo no se conforma con que a San Antonio se le llame de Padua, porque en esa ciudad italiana vivió y fué sepultado. Tiene razón en pensar que debiera ser llamado San Antonio de Lisboa, habiendo sido su cuna esta pequeña pero gloriosa capital.

En el número de "El Telégrafo", del 6 de setiembre de 1932, experimenté la viva satisfacción de encomiar el talento de ALBERTO VIVIANI que, en toda Italia y fuera de ella, como en la "Ciudad Eterna", goza de envidiable fama de poeta modernista, original pero no extravagante, de periodista, novelista e historiador. Ha evocado magistralmente, en una de sus recientes obras a CESARE AUGUSTO. Debo a Viviani el señalado favor de la traducción, en la lengua de Dante, de "El Milagro de San Antonio" y de "Medias Palabras" (Mezze Parole), cuentos publicados en la notable Revista "Polemica", de Boloña, así como el de un bellissimo artículo sobre mi novela "Lorenzo Cilda" en "Il Regime Fascista", (9 de junio de 1931).

El traductor en la lengua de Shakespeare es un excelente y dilecto amigo mío de más de medio siglo, RICARDO PEREZ. Hijo de padres panameños, nació en Nueva York y ha optado por llamarse "Richard" desde que formó un hogar feliz en Los Angeles, a raíz de haber terminado sus estudios de ingeniero de minas en la gran escuela parisiense del nunca olvidado "barrio latino", donde ambos vivíamos, compartiendo ideas, gustos y ensueños; Sin dedicarse a la literatura, suele escribir amenamente, de vez en cuando, en revistas ilustradas de California como "The What Not". Los lectores de "El Telégrafo" recordarán su divertida narración de un paseo veraniego en automóvil a una altitud de 700 metros, titulada en mi traducción: "Idylwild o rabetas motoras".

No tengo el honor, y lo siento, de conocer sino por referencias y por el retrato que le pedí para engalanar este librito, a la joven traductora de mi cuento en la lengua de Goethe. Intencionalmente he dejado su presentación para el final

IV

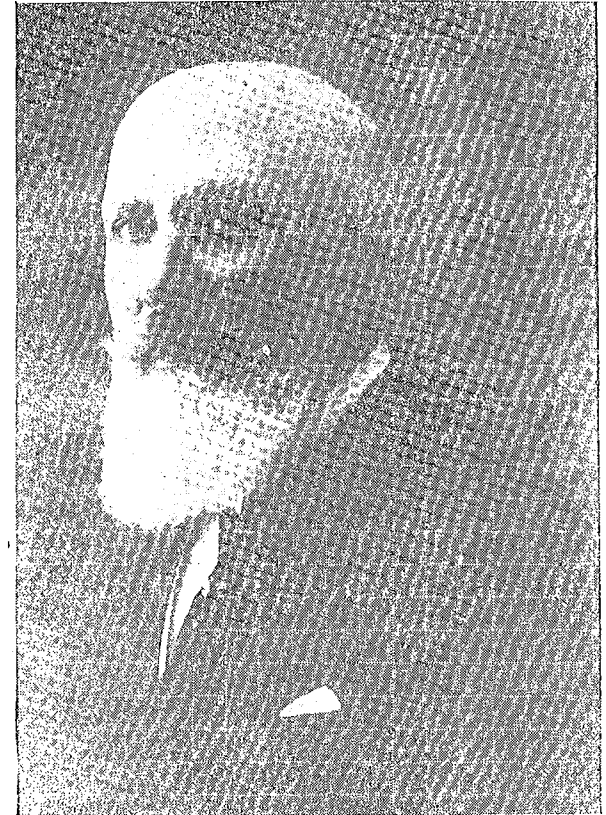
de estos breves renglones sobre la divulgación de "El Milagro de San Antonio" por que conserve el lector un esfluvio de fragancia primaveral. Como las naciones felices carecen de historia, élla, colmada de dones y méritos, no aspira a gozar de notoriedad en literatura; pero, puedo aseverar, ¡cuán complacidamente!, que, poseyendo varios idiomas y entre ellos el castellano, profesas, en el hogar paterno de Zittau, al sur de Alemania, vivo interés y gran simpatía por el Ecuador, donde, si su anhelo se cumple, vendrá a cautivarnos algún día con la dulzura de su alma que se trasluce en la pura mirada de sus risueñas pupilas. ¿Cómo logré mi anhelo de que consintiera en favorecerme con la ardua labor solicitada? Muy grato me fuera decirlo, si no temiera cometer una indiscreción... El misterio hará más atrayente la simpática personalidad juvenil de la bondadosa Srta. ERNA GRUNERT.

Ruego a los cinco excelentes traductores de "EL MILAGRO DE SAN ANTONIO" que escuchen en estos débiles apuntes sobre ellos muy cordiales acentos de perenne gratitud.

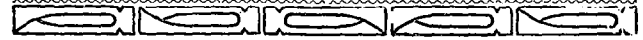
Guayaquil, 8 de febrero de 1936.

Víctor M. Rendón.

CASA DE LA CULTURA
BIBLIOTECA
No. 186



VICTOR MANUEL RENDON



El Milagro de San Antonio

Texto original de Víctor Manuel Rendón



ASTA la edad de doce años, época de mi vida en que mis padres me llevaron a estudiar en París, —me dijo mi amigo Delfín de Las Peñas—, residí como lo sabes, en la florida margen del Guayas. Allí, a la sombra de las palmas, se elevaba la espaciosa casa que habité después de la del Malecón y que las llamas del espantoso incendio de 1896 devoraron, causándome su desaparición una de mis más hondas penas. En ella se deslizaron las horas más deliciosas de mi infancia cerca de mi idolatrada abuelita, que muy tiernamente me mimaba. Aún hoy, cuando en mi memoria, evocando los recuerdos de mi niñez, hago revivir esa mansión querida, destácase en primera línea la imagen venerada de esa viejecita que tan afligida quedó el día que me arrancaron de sus brazos. A pesar de los largos años transcurridos, siento con honda emoción en mi mejilla el calor del último beso. Cierro los ojos y, a la luz del corazón, la veo tal como la dejé, conservando tersa su tez blanca y, en sus facciones finas, un reflejo de la hermosura juvenil, al par que en sus ojos azules la llama de la inteligencia y la dulzura de la bondad.

Veó también, tal como lo era entonces, con todos sus detalles, la habitación en que diariamente se entregaba al placer de su ocupación favorita, las flores artificiales, sin dejarse agobiar por el peso de setenta y

cinco inviernos. Ocupaba ella la hamaca colgada en el centro de la salita que precedía a la alcoba. Suspendida entre el marco de la puerta, que se abría sobre la galería del patio interior, se hallaba siempre otra hamaca pequeña, mi sitio predilecto, cuando mi abuelita no me mecía en sus brazos, narrándome los cuentos más divertidos o instructivos y la mar de milagros de todos los santos de la corte celestial.

Cerca de su hamaca había una mesita con los útiles indispensables a su labor, entre los cuales figuraban los frascos llenos de goma o de carmín, polvos de diversos colores y cajas de cartón, de las que rebosaban pétalos, hojas, estambres y pistilos, verdes cálices, botones y flores, de batista transparente y seda fina. Con pasmosa habilidad, mi abuelita aderezaba los ramos de flores artificiales, piadosas ofrendas, destinadas a los altares de sus santos preferidos. La víspera de las grandes solemnidades religiosas, rosas, dalias, pensamientos y margaritas rivalizaban por su frescura y brillo con claveles, orquídeas, jazmines, tulipanes y azucenas, que brotaban como por encanto, de todos lados, tapizaban el suelo, se apoderaban de los muebles y trepaban por las paredes. Se me antojaba entonces que me hallaba en un invernáculo, donde la primavera guardaba su tesoro, y que las flores que veía brotar allí eran más hermosas que las que se abrían en nuestro jardín.

¡Qué de veces, accediendo a mi ruego, mi mamá me permitió secundarla y envolver con tiras de papel verde los alambres para copiar tallos! ¡Qué de veces me entretuve pegando, torpemente siempre, los pétalos en derredor de los estambres! ¡Qué de veces también esparcí los polvos azules o amarillos y derramé la goma, sin que jamás una palabra de impaciencia o de reproche se escapara de los labios de mi idolatrada abuelita!

En aquella habitación tan florida atraían igualmente las miradas los cuadros pegados a la pared. Eran pinturas sin mayor mérito de arte. Reproducían las facciones de santos, vírgenes y mártires. Me los sabía de memoria, y aun hoy recuerdo el sitio que allí ocupaban San Luis de Gonzaga con la disciplina pendiente de la cintura, en contemplación ante una calavera; San Jacinto, salvando la estatua de la Virgen de un templo incendiado; Santa Bárbara, a la que un horrible verdugo, al centelleo de los relámpagos, decapi-

taba en la cima de una montaña. Al pie de ésta, un rayo hería de muerte al incrédulo bárbaro padre de la santa, cuya sangre recogían en un cáliz dos ángeles y en cuya frente otros angelitos colocaban una corona de rosas blancas. Veo, además, a Nuestra Señora de las Mercedes, a la que las guayaquileñas veneran e imploran como su patrona, representada en el acto de entregar el escapulario a los santos fundadores de la Orden que lleva tan dulce nombre, y cerca de Santa Rosa de Lima, a la beatísima Mariana de Jesús, hija de Quito, y otros santos, cuyas vidas y milagros no me cansaba de oír repetir a mi abuelita.

En el sitio de honor, debajo de un Crucifijo, se erguía en su pedestal una pequeña estatua del seráfico San Antonio de Padua, llevando en brazos al Niño Jesús. Este era el santo que me causaba mayor admiración. Mi abuelita me había enseñado a quererle y venerarle muy particularmente, aseverándome a cada instante que quien lo implora con gran fervor obtiene de él lo que desea. Tratándose de encontrar algún objeto perdido, su ayuda era eficaz y su protección infalible. Mi devoción hacia un santo tan bondadoso y complaciente como mi convicción de que no lo invocaría en vano llegaron a tal extremo que una noche, para conseguir lo que le pedía, no vacilé en tratarlo con muy poco respeto.

Me habían obsequiado uno de esos escuditos de oro que los guayaquileños repartían en los bautismos y que han substituído con medallas conmemorativas. Lo guardaba cuidadosamente; pero, de vez en cuando, cedía a la tentación de sacarlo del bolsillo para hacerlo brillar al sol o a la claridad de la luna. Una noche que así me entretenía, contemplándolo, asomado al balcón de la galería interior de mi casa, la cual, en esta disposición de su arquitectura, se asemejaba, como todas las de mi ciudad natal, a las casas sevillanas, se me escapó de los dedos el escudito y fué a rodar al patio empedrado, que la humedad constante del clima cubría de musgo. ¡Qué disgusto! ¡Qué angustia!

Bajé, volando, al patio, miré, busqué por todos lados a la luz de las estrellas, palpé cada piedra. Todo fué inútil. Carecía de ecillas, y, aun provisto de ellas, no me habría arriesgado tal vez a encender una por temor de que mis padres se enterasen de mi percance y me regañaran. En mi desconsuelo, nublados los ojos por las lágrimas, una idea brotó súbitamente de mi ce-

rebro. Sin pérdida de tiempo, que no era el caso de parar mientes en lo que hacía, subí rápidamente a la galería; me deslicé en el cuarto de mi abuelita, profundamente dormida en su hamaca, y eché mano a la estatua de aquel santo milagroso que hacía encontrar todos los objetos perdidos. Regresé al sitio de donde dejé caer el escudo y, murmurando desde el fondo de mi alma una plegaria, pero sin vacilar, precipité por el balcón a San Antonio para que me lo buscara.

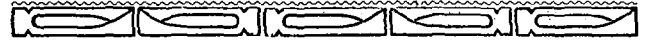
Apenas cometí tan irreverenciosa acción, me remordió la conciencia como si fuera un sacrilegio y, convencido de haber hecho pedazos al pobre santo, bajé de nuevo precipitadamente al patio. Allí, trémulo, latíendome a romperse el corazón, levanté la estatua. Al levantarla, debajo de ella, en el musgo, vi brillar algo. Me agaché otra vez y, riase quien quiera, lo que allí brillaba era mi escudo. Casualidad, coincidencia, milagro... Sea lo que fuese. En todo caso, ¡bendita mil veces la edad aquella en que un arranque de fe pura y sincera, como la que es capaz de poner en movimiento a una montaña, hace cometer a un corazón inocente un acto de esa índole, vituperable quizá, pero que Dios comprende y perdona!

Desde esa noche no conoció límites mi adoración por tan bondadoso e indulgente santo, al que cubrí de besos en el patio. El día siguiente, mi ligereza recibió el castigo merecido cuando, al acercarse mi abuelita a rezar a San Antonio, se enteró de que había perdido las narices. Su exclamación de pena me hizo sonrojar y ya iba a confesarle mi falta; pero, callé, al oírla decir:

—¡Malvados ratones, ni a los Santos respetan!



PHILINE BURNET



Le Miracle de Saint Antoine

Version française de Philine Burnet.



ORSQUE aujourd'hui j'évoque mes souvenirs d'enfance, je revois la maison natale, sur les rives fleuries du Guayas, à l'ombre des palmiers, cette maison que dévorèrent les flammes de l'épouvantable incendie de 1896 et dont la disparition fut pour moi une peine profonde. Dans cette chère maison, ce qui se détache en première ligne, c'est l'image vénérée de ma grand'mère qui fut si affligée lorsqu'on m'arracha de ses bras pour m'emmener faire mes études à Paris; malgré le temps écoulé, — quarante ans, — il me semble sentir encore sur ma joue la douce chaleur de son dernier baiser. Je ferme les yeux et je la revois, telle que je l'avais laissée, ayant conservé son teint d'une délicate blancheur et, sur ses traits fins, tandis que ses yeux bleus gardaient encore la flamme de l'intelligence et de la bonté, le reflet de la beauté dont sa jeunesse rayonna. Je vois aussi dans tous ses détails, et telle qu'elle était alors, la pièce où, sans ployer sous le poids de ses soixante-quinze hivers, elle se livrait journellement au plaisir de son occupation favorite: les fleurs artificielles. Elle occupait le hamac suspendu au centre de la petite salle qui précédait l'alcôve. Dans l'embrasure de la porte s'ouvrant sur la galerie intérieure, était toujours accroché un autre petit hamac, ma place privilégiée, lorsque ma grand'mère ne me berçait pas dans ses bras, en me racontant les histoires les plus amusantes et les plus instructives, ou les innombrables miracles de tous les saints de la céleste cour.

Tout près de son hamac, il y avait une petite table. Là se trouvaient les outils indispensables à son travail: flacons de gomme ou de carmin, poudres de diverses couleurs, boîtes en carton débordantes de pétales, de feuilles, d'étamines, de pistils, de verts calices, de boutons et de fleurs en papier, en batiste transparente ou en fine soie. Avec une stupéfiante habileté, ma chère grand'mère disposait les branches de fleurs artificielles, pieuse offrande qu'elle destinait à ses saints préférés dans plusieurs églises. La veille des grandes solennités religieuses, roses, dahlias, pensées, marguerites rivalisaient, par leur fraîcheur et leur brillant, avec les oeillets, les orchidées, les jasmins, les tulipes, les lis qui surgissaient de toute part, comme par enchantement, tapissaient le sol, s'emparaient des meubles, grimpaient sur les murs. Je me figurais alors que je me trouvais dans une serre où le printemps gardait ses trésors et que ces fleurs, écloses sous mes yeux, surpassaient en beauté celles qui s'épanouissaient dans notre jardin.

Que de fois, cédant à mon désir, ma chère grand'mère me permettait de l'aider et d'envelopper avec des ruhans de papier vert les fils de fer des tiges! Que de fois je m'amusais à coller, maladroitement toujours, les pétales autour des étamines! Que de fois aussi ai-je éparpillé les poudres vertes ou jaunes et renversé la colle, sans que jamais une parole d'impatience ou de reproche s'échappât des lèvres de mon adorée **mamacita!**

Dans cette pièce si fleurie, mes regards étaient également attirés par les tableaux suspendus aux murs, peintures sans grand mérite artistique, reproduisant les traits de saints, de vierges et de martyrs. Je les savais par coeur et je me rappelle encore l'endroit qu'occupaient saint Louis de Gonzague, avec sa discipline pendue à la ceinture, en contemplation devant une tête de mort; saint Hyacinthe, sauvant la statue de la Vierge dans une église incendiée; sainte Barbara qu'un horrible bourreau, à la lueur des éclairs, décapitait sur le faite d'une montagne, au bas de laquelle son incrédule et barbare père était foudroyé pendant que deux anges recueillaient le sang de la sainte dans un calice et que d'autres angelots lui couronnaient le front de roses blanches. Je vois en outre Notre Dame de la Merci, que les habitants de Guayaquil implorèrent et vénèrent comme leur patronne, représentée au moment où elle remet le scapulaire aux saints fondateurs de

l'Ordre qui porte ce doux nom; près de sainte Rose de Lima, la bienheureuse Marianne de Jésus, fille de Quito; et d'autres saints dont je ne me fatiguais pas d'entendre répéter par mon aïeule les vies et les miracles. A la place d'honneur, sous un crucifix, se dressait sur un piédestal une statuette en bois du séraphique saint Antoine de Padoue, portant dans ses bras l'Enfant Jésus. C'était le saint que j'admirais le plus. Ma chère grand'mère m'avait appris à l'aimer et à le vénérer particulièrement, m'affirmant que quiconque l'implorait avec une grande ferveur obtenait toujours ce qu'il désirait. S'agissait-il de trouver un objet perdu, son aide était efficace et sa protection infaillible. Ma dévotion envers ce saint si bon et si complaisant, et ma conviction que je ne l'invoquerais jamais en vain furent telles qu'un soir, pour obtenir ce que je demandais, je n'hésitai pas à le traiter irrespectueusement.

L'on m'avait donné un de ces petits écus d'or qu'il était d'usage alors à Guayaquil de distribuer dans les baptêmes et qu'on a remplacés aujourd'hui par des médailles commémoratives. Je le conservais soigneusement; mais, de temps à autre je cédaï à la tentation de le tirer de ma poche pour le faire briller au soleil ou à la clarté lunaire. Un soir que je le contemplais ainsi, penché sur le balcon de la galerie intérieure de la maison, qui ressemblait en cela, comme toutes celles de ma ville natale, aux maisons de Séville, le petit écu échappa de mes doigts et alla rouler sur la cour pavée, que la constante humidité du climat recouvrait de mousse. Quel ennui et quelle angoisse! Je descendis, je volai dans la cour, je regardai, je cherchai de tous côtés à la lueur des étoiles, je palpai chaque pierre. Tout fut inutile. Je n'avais pas d'allumettes et, même si j'en avais eu, je ne me serais peut-être pas risqué à en allumer une, de peur que mes parents ne fussent ainsi au courant de ce qui m'était arrivé et ne vissent me gronder.

Dans mon désespoir, les yeux voilés de larmes, une idée surgit subitement dans mon esprit. Sans perdre de temps (car ce n'était pas le moment de réfléchir à ce que j'allais faire) je montai rapidement à la galerie et me glissai dans la chambre de ma grand'mère, profondément endormie. Je m'emparai de la statuette de ce saint miraculeux qui faisais retrouver tous les objets perdus. Je revins à l'endroit où j'avais laissé tomber l'écu et, récitant du fond du coeur une prière

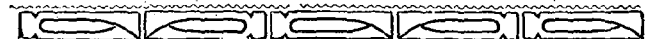
mentale, sans hésiter, je précipitai saint Antoine, du balcon dans la cour, pour qu'il y cherchât mon écu. A peine me fus-je rendu coupable d'une action aussi irrévérencieuse que j'éprouvai des remords, comme si j'avais commis un sacrilège. Persuadé que j'avais brisé le pauvre saint en mille morceaux, je volai de nouveau vers la cour; tremblant, mon coeur battant à coups précipités, je relevai la statue, qui était intacte, et, au même instant, sous la mousse, là où elle était tombée, je vis briller quelque chose. Je me penchai de nouveau et, (riez si vous voulez), ce que je voyais resplendir c'était mon écu. Hasard? Coïncidence? Miracle? Quoi que ce soit, béni mille fois cet âge où un élan de foi pure et sincère, comme celle qui est capable de soulever les montagnes, peut faire commettre à un coeur innocent un acte de cette sorte, répréhensible peut-être, mais que Dieu comprend et pardonne.

Dès lors, mon admiration pour ce saint aussi bon et aussi indulgent, que je couvris de baisers dans la cour même, n'eut plus de bornes. Le lendemain, mon irrévérence reçut la punition méritée lorsque ma chère grand'mère s'approchant pour prier son saint Antoine, s'aperçut qu'il avait perdu le nez. Son exclamation de peine me fit rougir. J'allais lui confesser ma faute; mais je me tus en l'entendant s'écrier:

—Maudites souris! Elles ne respectent rien, même pas les saints!



Teniente NUNO BEJA



O Milagre de Santo António

Tradução de Nuno Beja



À idade de doze anos, época da minha vida em que meus pais me trouxeram a Paris, para estudar-contou-me o meu amigo Delfim de las Peñas-residi na florida margem do Guayas, onde a sombra de palmeiras se erguia a espaçosa casa familiar que as chamadas do espantoso incêndio de 1896 devoraram causando-me o seu desaparecimento um dos mais profundos pezares da minha vida. Nela deslizaram as horas mais deliciosas da minha infância junto de minha adorada avózinha, que ternamente me acarinhava. Ainda hoje, quando em minha memória, evocando recordações da meninice, faço reviver essa querida habitação se destaca, em primeiro plano, a imagem venerada dessa velhinha, que tão aflita ficou quando me arrancaram de seus braços e, com viva comoção, apesar do largo tempo decorrido, sinto em minhas faces o calor do seu último beijo. Fecho os olhos e, à luz de coração, vejo-a tal qual a deixei, com a sua tez branca, dedicada, e em suas feições finas um reflexo de formosura juvenil, ao mesmo tempo que em seus olhos azues se espelhava a chama da inteligência e a doçura da bondade.

Vejo, também, tal como era então, con todos os seus pormenores, a habitação em que diariamente se entregava ao prazer da sua ocupação favorita, as flores artificiais, sem se deixar curvar pelo peso dos seus setenta e cinco invernos. Ela ocupava a cama de rede

pendurada no centro da salita que precedia a alcova. Suspensa entre as guarnições da porta, que se abria para a galeria interior, encontravase sempre outra cama de rede mais pequena, meu sítio predilecto quando minha avòzinha me não acalentava em seus braços, narrando-me contos divertidos ou instrutivos e um mar de milagres de todos os santos da còrte celestial.

Junto da sua cama de rede havia sempre uma mesinha com preparativos indispensáveis ao seu labor, entre os quais figuravam frascos cheios de goma ou de carmim, tintas de diversas côres e caixas de cartão que se transformavam em pétalas, fôlhas, estames e pistilos, cálices verdes, botões e flores de papel, de batista transparente ou de seda fina. Com pasmosa habilidade adereçava a minha avòzinha os ramos de flores artificiais oferendas piedosas destinadas aos altares de seus santos preferidos em muitas igrejas. Na véspera das grandes solenidades religiosas, rosas, dalias, pensamentos e margaritas rivalizavam por sua frescura e brilho com cravos orquídeas, jasmims, túlipas e açucenas, que brotavam como por encanto de todos os lados, tapizavam o solo, apoderavam-se dos móveis e trepavam pelas paredes. Afigurava-se-me então, que me encontrava no hibernáculo onde a primavera guardava o seu tesouro e que as flores que eu via brotar eram mais formosas do que aquelas que se abriam no nosso jardim.

¡Quantas vezes, acedendo a um pedido meu, minha avòzinha me permitia que a ajudasse em envolvesse com tiras de papel verde os fios de cobre que se assemelhavam a caules! ¡Quantas vezes eu me entretivi pegando, sempre desageitadamente, as pétalas em redor dos estames! ¡Quantas vezes também espargi as tintas azules ou amarelas e entornei a goma, sem que jamais una palavra de impaciência ou de censura se escapasse dos lábios de minha idolatrada avòzinha!

Naquella habitação tão florida atralam igualmente os meus olhares os quadros pregados na parede, pinturas sem grande mérito artistico, que reproduziam as feições de santos, virgens e mártires. Eu sabia quais êles eram de memória e, ainda hoje, recordo o sítio que ali occupavam San Luis Gonzaga com suas disciplinas pendentes da cintura, em contemplação perante uma caveirã; San Jacinto, salvandó a estátua da Virgem num templo incendiado; Santa Barbara, a quem um horrível verdugo, ao cintillar dos relâmpagos, decapitava no alto duma montanha. Ao pé desta, um raio feria de morte o

incrédulo e barbaro pai da Santa, cujo sangue dois anjos recolhiam num calix e em cuja fronte outros anjos collocavam uma corôa de rosas brancas. Vejo, além disso, Nossa Senhora das Mercês, que as guayaquilenas veneram e imploram como sua patrona, representada no acto de entregar o escapulário aos Santos fundadores da ordem que tão doce nome tem e, próxima de Santa Rosa de Lima, a beatifica Mariana de Jesus, filha de Quito, e outros Santos cujas vidas e milagros eu me não cansava de ouvir repetir a minha avòzinha.

No logar de honra, por debaixo dum crucifixo, erguia-se no seu pedestal uma pequena imagem de madeira do seráfico Santo António de Pádua (que deveria chamar-se Santo António de Lisboa, porque foi nesta cidade que nasceu) com o Menino Jesus nos braços. Era este o Santo que me causava maior admiração. Minha avòzinha tinha-me ensinado a querer-lhe e a venerá-lo muito particularmente, asseverando-me que, quem o implorasse com grande fervor, obtinha dele o que desejava. Tratando-se de encontrar algum objecto perdido o seu auxilio era eficaz e infalível a sua protecção. A minha devoção para com um Santo tão bondoso e complacente, como a minha convicção de que o não invocaria em vão, chegaram a tal extremo que, uma noite, para conseguir o que lhe pedia, não vaciei em o tratar com muito pouco respeito.

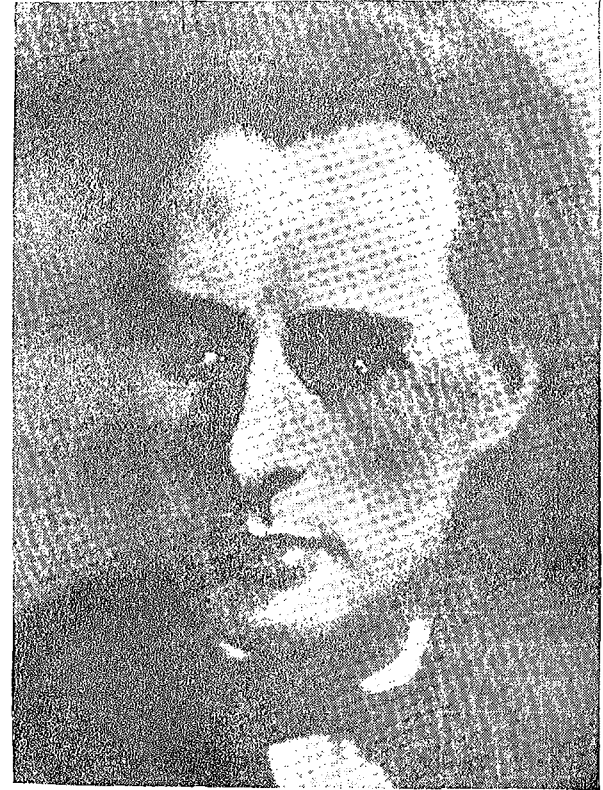
Tinham-me obsequiado com um dêsses escuditos de ouro que os guayaquilenos repartiam por occasião dos baptisados e que hoje substituíram por medalhas commemorativas. Eu guardava-o cuidadosamente; de vez em quando, porém, cedia à tentação de o tirar da minha algibeira para o fazer brilhar ao sol ou a claridade da lua. Numa noite em que assim me entretinha com êle, assomando ao balcão da galeria interior de minha casa, que na disposição da sua arquitetura se assemelhava, como todas as da minha cidade natal, ás casas sevilhanas, escapou-me dos dedos o escudito e rolou para o pátéo empedrado, que a humidade constante do clima cobria de musgo. ¡Que desgosto e que angústia eu sofri! Desci, voando, ao pátéo, olhei, procurei por toda a parte à luz das estrelas, apalpei pedra por pedra. Tudo isto foi inútil. Tinha necessidade dum pavio para acender, mas mesmo provido dêle, não me teria arriscado talvez a acende-lo com receio de que meus pais se inteirassem do que se passava e me repreendessem.

No meio da minha desconsolação, com os olhos enevoados pelas lágrimas, uma ideia brotou subitamente em meu cérebro e, sem perda de tempo, que não era ocasião de me demorar a tomar uma resolução, subi rapidamente a galeria, atravessei o quarto de minha avôzinha profundamente adormecida na sua cama de rede e deitei a mão à imagenzinha daquele Santo milagroso que fazia que se encontrassem todos os objectos perdidos. Voltei ao sítio onde tinha deixado cair o escudo e, murmurando do fundo da minha alma uma prece, mas sem vacilar, precipitei pelo balcão para o pátio o Santo António para que êle m'o procurasse.

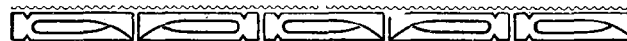
Apenas cometi acção tão irreverente, senti remorsos na consciência como se tivesse cometido um sacrilégio e, convencido de que tinha reduzido a migalhas o pobre Santo, voei de novo ao pátio. Trémulo, pulsando-me agitadoamente o coração, levantei a imagem e ao levantá-la, debaixo dela, no musgo, vi brilhar alguma coisa. Curvei-me outra vez, e, ria-se quem se quizer rir, o que ali brilhava era o meu escudo. ¿Casualidade, coincidência, milagre? Fosse o que fosse, ¡bendita mil vezes a idade em que um arranco de fé pura e sincera, como a que é capaz de pôr em movimento uma montanha, faz cometer a um coração inocente um acto desta índole, talvez vituperável, mas que Deus compreende e perdôa!

Dessa noite por diante não conheceu limites a minha adoração por tão bondoso e indulgente Santo, que cobri de beijos no pátio. No dia seguinte, o meu desacato recebeu o merecido castigo quando, aproximando-se minha avôzinha para rezar au seu Santo António, verificou-se que tinha o nariz partido. A sua exclamação de pezar fez-me envergonhar e ia já confessar-lhe a minha falta, mas calei-me quando a ouvi dizer:

—¡Malvados ratos, nem os Santos respeitam!



ALBERTO VIVIANI



Il Miracolo di Sant' Antonio

Traduzione di Alberto Viviani



FINO a dodici anni —epoca questa della mia vita in cui miei genitori mi condussero a studiare a Parigi,— (così mi disse il mio, amico Delfino de Las Peñas), abitai sulla riva fiorita del Guayas dove, all'ombra di palmizi, si ergeva la spaziosa casa paterna che fu poi divorata dall'immane incendio del 1896. Questa rovina fu causa di uno dei miei più profondi dolori poichè ivi trascorsi le ore più deliziose della mia infanzia, vicino alla mia adorata nonnina che mi cullava con infinita tenerezza. Ancora oggi evocando quel tempo, mi si delineava nella mente l'immagine veneranda di questa vecchietta che tanto si afflisse allorchè mi staccarono dalle sue braccia e, per quanto siano passati parecchi anni, sento ancora sulla guancia e con indicibile emozione, il calore del suo ultimo bacio. Se chiudo gli occhi, alla luce del cuore la rivedo tal quale la lasciai; con la sua carnagione bianca, con le sue fattezze sottili soffuse di un riflesso di giovanile bellezza e con gli occhi illuminati da una fiamma di grande bontà e intelligenza.

E rivedo anche con tutti i dettagli, tal quale era allora, il luogo ov'essa ogni giorno si abbandonava alla sua occupazione preferita: i fiori artificiali; senza lasciarsi abbattere dal peso di settantacinque inverni. Riposava in un'amaca appesa presso l'alcova ed un'altra amaca, più piccola incorniciata dall'apertura di una porta che immetteva nell'interno della casa, era sem-

pre pronta per me, il mio luogo prediletto quando la nonna non mi teneva in collo per narrarmi racconti divertenti, istruttivi, oppure un'infinità di miracoli operati de tutti i Santi della Corte Celeste.

Accanto all'amaca della nonna rimanevano in permanenza, su di un tavolino, tutte le cose necessarie al suo lavoro: c'erano boccettine di gomma o di carminio; polveri di svariato colore; scatole di cartone traboccanti di petali, foglie, fil di ferro, pistilli, calici verdi, bocci e fiori in carta, in batista trasparente od in seta fina. E bisognava vedere con quanta meravigliosa abilità essa foggiava rami di fiori artificiali, pietosi doni destinati agli altari dei suoi Santi preferiti, sparsi in molte chiese. Quando poi ricorrevano le vigilie delle grandi solennità, allora era un rivaleggiare di rose, dalie, myosotis e margheritine fresche e lucenti, con garofani, orchidee, gelsomini, tulipani e gigli; tutti questi fiori sorgevano come per incanto in ogni luogo, tapezzavano il pavimento, pendevano dai mobili, si arrampicavano sulle pareti. Mi sembrava allora di essere in una serra ove la Primavera custodisse il suo tesoro ed i fiori che vedevo creare li trovavo più belli di quelli che sbocciavano nel nostro giardino.

Quante volte, cedendo alle mie preghiere, la nonna mi ha permesso di aiutarla a ricoprire con strisce di carta verde dei pezzetti di fil di ferro, per ridurli a steli! Quante volte, con mani lente ed inesperte, ho appiccicato petali ai gambi! Quante volte ho rovesciato la polvere colorata e la gomma senza che mai uscisse dalla bocca della mia cara nonna una parola di rimprovero o d'impazienza!

In quella stanza così fiorita, qualcos'altro c'era che attirava il mio sguardo: i quadri appesi alla parete. Erano pitture di nessun valore artistico, riproducenti Santi, vergini e martiri. Avevo imparato a conoscerli tutti ed ancor ora ricordo il posto occupato da San Luigi Gonzaga con il cilicio ai fianchi, contemplante un teschio; e San Giacinto mentre salva la statua della Vergine in un tempio incendiato; e Santa Barbara decapitata sulla cima di un monte, da un carnefice, alla luce vaga di un lampo; ai piedi del monte una saetta carbonizza l'incredulo padre della Santa mentre due angeli raccolgono il sangue della martire in un calice ed altri cingono la sua testa di una corona di rose bianche. Vedo inoltre Nostra Signora de las Mercedes (La Madonna delle Grazie) —che le dame di Guayaquil vene-

rano e pregano come la Patrona, — rappresentata mentre consegna lo scapolare ai Santi fondatori dell'Ordine; vicino a Santa Rosa da Lima, la beatissima Mariana di Gesù, figlia di Quito; ed altri Santi ancora la cui vita e miracoli non mi stancavo di udire narrare dalla nonna.

Al posto d'onore, sotto un Crocefisso, si ergeva sul suo piedistallo, una statua in legno del serafico Sant'Antonio da Padova, col Bambino Gesù sulle braccia. Questo era il Santo che mi destava maggior ammirazione. La nonna mi aveva insegnato ad amarlo, assicurandomi che chiunque lo pregasse con fervore, otteneva tutto quanto desiderasse. Quando poi si trattava di ritrovare un oggetto smarrito, il suo aiuto era efficace, la sua protezione infallibile. La mia devozione verso un Santo così buono e compiacente, e la mia convinzione che no lo avrei mai invocato invano arrivarono a tal punto che una sera, per ottenere quello che desideravo non esitai a trattarlo con pochissimo rispetto.

Mi avevano regalato uno di quegli scudi d'oro che gli abitanti di Guayaquil offrivano ai battesimi e che oggi sono sostituiti da medaglie commemorative; lo tenevo con ogni cura, però di quando in quando non potevo resistere alla tentazione di tirarlo fuori dal portamonete per farlo brillare alla luce del sole od a quella della luna. Una sera appunto che me lo stava rimirando, affacciato al balcone del corridoio interno della casa —(disposizione architettonica, questa, uguale a tutte le case della mia città nativa, il che la rendeva simile a Siviglia) — mi sfuggì di mano e cadde, ruzzolando nel **Patio** selciato e ricoperto, dall'umidità continua, da un leggero strato di muschio. Che dispiacere e che rabbia! Scesi nel **Patio** come una rondine, guardai, cercai da tutte le parti alla luce delle stelle, toccai ogni pietra, ma tutto fu inutile. Fiammiferi non ne avevo ed anche ne avessi avuto non mi sarei azzardato ad accenderne per il timore che i miei genitori si accorgessero di quanto m'era accaduto e mi rimproverassero.

Chiuso nel mio dolore, con gli occhi velati di lacrime, improvvisa mi balenò un'idea e senza perder tempo, senza riflettere su ciò che stavo facendo, salii rapidamente in casa, sgattaiolai nella camera della nonna, che dormiva profondamente nell'amaca, e presi la statuetta di quel Santo miracoloso che faceva ritrovare tutti gli oggetti smarriti. Ritornai al balcone, nel punto pre-

ciso da cui lasciai cadere lo scudo e mormorando nell' intimo del mio cuore una preghiera, gettai — senza esitare— Sant'Antonio, giù, nel **Patio**, perchè mi trovasse lo scudo.

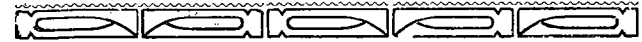
Appena compiuto l'atto irreverente, mi rimorse la coscienza, come se avessi commesso un sacrilegio e, convinto di aver ridotto in pezzi il povero Santo, scesi di nuovo a precipizio nel **Patio**. Là, tremante, col cuore che mi batteva forte forte, raccattai la statua e nel raccattarla, sotto di essa, sul muschio, vidi luccicare qualche cosa. Mi richinai e, rida pure chi vuol ridere, ciò che luccicava era il mio scudo. Caso, coincidenza, miracolo? Sia quello che sia. Benedetta mille volte quell'età in cui uno slancio di pura e sincera fede, come quella capace di smuovere un monte, fa commettere ad un cuore innocente un atto di questa fatta, riprovevole forse, ma che Dio sa comprendere e perdonare.

Da quella sera la mia adorazione per un Santo così buono e indulgente, non ebbe limiti, e là nel **Patio** lo ricoprii di baci. Il giorno dopo, la mia irriverenza ebbe il castigo meritato; allorchè la nonna si avvicinò alla statuina di Sant'Antonio per recitare le preghiere, si accorse che aveva il nasso rotto. La sua esclamazione piena di dolore mi fece arrossire ed ero in procinto di confessarle la mia colpa; ma subito mi trattenni, sentendola dire:

—Che topi malvagi non rispettano neppure i Santi!



ERNA GRUNERT



Das Wunder des Sant' Antonius

Übersetzt von Erna Grunert



IS zum Alter von zwölf Jahren, hat mir mein Freund Delfin de las Peñas gesagt, der Zeit, in der mich meine Eltern auf die Schule nach Paris brachten, wohnte ich an dem blühenden Ufer des Guayas. Dort erhob sich im Schatten der Palmen das geräumige Haus, in dem ich wohnte; zuvor hatte ich in demjenigen des Mallecón gewohnt, das bei dem schrecklichen Brand von 1896 von den Flammen zerstört wurde und dessen Verschwinden mir einen meiner grössten Schmerzen bereitet hat. In ihm verflogen die köstlichsten Stunden meiner Kindheit in der Nähe meines vergötterten Grossmütterchens, welches mich so liebevoll verwöhnte. Noch heute, wenn ich in meinem Gedächtnis die Erinnerungen an meine Kindheit wachrufe, lasse ich jenen lieben Aufenthalt wieder aufleben, wobei mir stets zuerst das verehrte Bild jener kleinen alten Frau ersteht, die so betrübt war an jenem Tage, an dem man mich aus ihren Armen riss. Trotz der verflossenen vierzig Jahre fühle ich mit tiefer Gemütsbewegung auf meiner Wange die Wärme des letzten Kusses. Ich schliesse die Augen und, im Lichte des Herzens, sehe ich sie genau wie ich sie zurückliess, ihren weissen Teint glatt erhaltend, und in ihren feinen Gesichtszügen einen Abglanz der jugendlichen Schönheit, sowie gleichzeitig die Flamme der Intelligenz und Lieblichkeit der Güte in ihren blauen Augen.

Ich sehe auch die Wohnung, so wie sie damals war, mit all ihren Einzelheiten, und in der sich mein Grossmütterchen täglich dem Vergnügen an ihrer bevorzugten Beschäftigung, den künstlichen Blumen, hingab, ohne sich von dem Gewicht von 75 Lizen beugen zu lassen. Sie nahm die Hängematte ein, die in der Mitte des kleinen Saales hing, der sich vor dem Alkoven befand. Zwischen dem Rahmen der Türe, die nach der Galerie des unteren Hofes führte, war immer eine andere kleine Hängematte aufgehängt, mein Lieblingsplatz, wenn mein Grossmütterchen mich nicht in ihren Armen schaukelte und mir die lustigsten oder lehrreichsten Geschichten, sowie die zahllosen Wunder aller Heiligen des himmlischen Gefolges erzählte.

Nahe bei ihrer Hängematte stand ein Tischchen mit den unerlässlichen Werkzeugen für ihre Arbeit, zu denen mit Gummi oder Karminrot gefüllte Flaschen, Pulver verschiedener Farben und Pappschachteln gehörten, die mit Blumenblättern, anderen Blättern, Staubfäden und Blütenstempeln, grünen Kelchen, Knospen und Blumen aus durchsichtigem Battist in feiner Seide reichlich versehen waren. Mit bewunderungswürdiger Geschicklichkeit machte mein Grossmütterchen die Zweige künstlicher Blumen zurecht für fromme Geschenke für die Altäre ihrer bevorzugten Heiligen. Am Vorabend grosser religiöser Feierlichkeiten wettelferten Rosen, Dalien, Veilchen und Margaretenblumen wegen ihrer Frische und Pracht mit Nelken, Orchideen, Jasmin, Tulpen und weissen Lilien, die von allen Seiten wie ein Zauber hervorkeimten, den Erdboden bestreuten, sich der Möbel bemächtigten und die Wände erkletterten. Es kam mir dann so vor, als ob ich mich in einem Gewächshaus befände, wo der Frühling seinen Schatz aufbewahrte, und dass die Blumen, die ich dort spriessen sah, schöner wären als diejenigen, die in unserem Garten blühten.

In jener so blühenden Wohnung zogen die Bilder, die an der Wand hingen, gleichfalls den Blick an. Es waren Gemälde ohne grösseren Kunstwert. Es waren Nachbildungen der Gesichtszüge von Heiligen, Jungfrauen und Märtyrern. Ich kannte sie ganz genau und noch heute sehe ich im Geiste, wo die Bilder hingen; San Luis von Gonzaga, mit der Geissel am Gürtel, in Betrachtung vor einem Lebemann; San Jacinto, wie er die Statue der Jungfrau Maria aus einem brennenden Tempel rettet; Santa Barbara, die ein Henker, beim

Aufleuchten der Blitze, auf dem Gipfel eines Berges enthauptete. Am Fusse dieses Berges tötete ein Blitz den ungläubigen und grausamen Vater der Heiligen, deren Blut zwei Engel in einem Kelch sammelten, und um deren Stirn andere Englein einen Kranz weisser Rosen legten. Ich sehe ausserdem Nuestra Señora de las Mercedes, welche die Guayaquilaner als ihre Beschützerin verehren und anrufen und die dargestellt ist, wie sie den heiligen Begründer des Ordens, der solch süssen Namen trägt, das Skapulier übergibt, und in der Nähe von Santa Rose von Lima, die ganz fromme Marianne von Jesus, eine Tochter von Quito, und andere Heilige, deren Leben und Wunder ich nicht müde wurde immer wieder von meinem Grossmütterchen erzählen zu hören.

Auf dem Ehrenplatze, unter einem Kreuzifix, erhob sich auf dessen Fussgestell eine kleine Statue des engelhaften Sant' Antonius von Padua, das Jesuskind in seinen Armen haltend. Dies war der Heilige, der mir die grösste Bewunderung abrang. Mein Grossmütterlein hatte mich gelehrt, ihn ganz besonders zu lieben und zu verehren, wobei sie mir jeden Augenblick versicherte, dass, wer ihn mit grosser Inbrunst anrufe, von ihm bekomme, was er sich wünsche. Wenn es sich darum handelte, einen verloren gegangenen Gegenstand wieder zu finden, war seine Hilfe wirksam und sein Schutz unfehlbar. Meine Ergebenheit für einen so gütigen und gefälligen Heiligen, wie auch meine Überzeugung, dass ich ihn nicht vergebens anrufen würde, gingen schliesslich so weit, dass ich eines Nachts, um das zu finden, um was ich ihn bat, nicht schwankte, ihn mit sehr wenig Ehrerbietung zu behandeln.

Man hatte mir einen jener goldenen Taler, die die Guayaquilaner bei Taufen verteilen, und die man durch Gedenkmünzen ersetzt hat, geschenkt. Ich verwahrte ihn sorgfältig, aber ab und zu gab ich der Versuchung nach, ihn aus der Geldbörse zu ziehen, um ihn in der Sonne oder im Mondenschein funkeln zu lassen. Eines Abends, als ich mich so unterhielt und den Taler beschaute, wobei ich mich über die innere Galerie meines Hauses hinauslehnte, das in dieser Anordnung seiner Architektur, wie alle anderen Häuser meiner Geburtsstadt, den Häusern Sevillas ähnlich sah, entfiel der kleine Taler meinen Fingern und rollte hinunter auf den gepflasterten Hof, den die dauerhafte Feuchtigkeit des Klimas mit Moos bedeckte. Welch Argerniss! Welches Herzeleid!

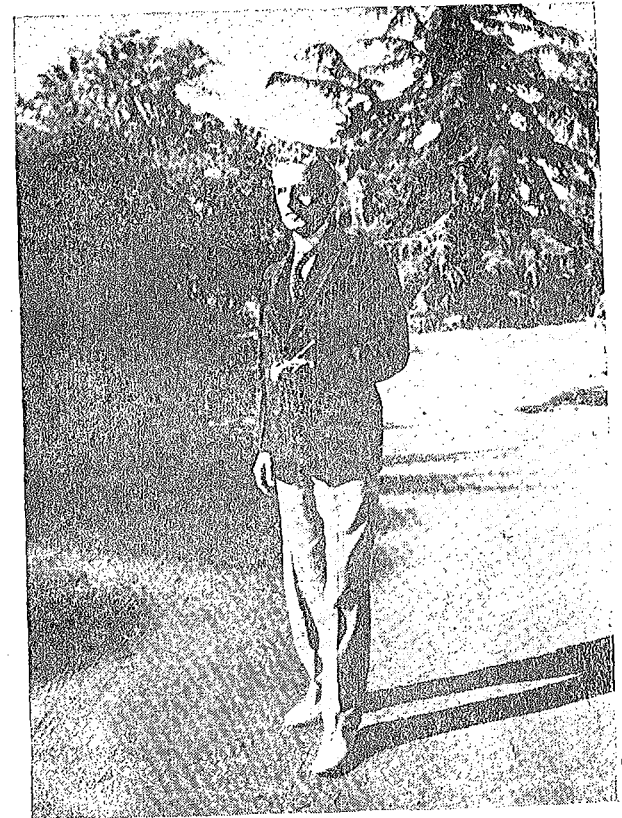
Ich stieg eilend hinab in den Hof und sah mich um und suchte in allen Ecken beim Licht der Sterne; ich betastete jeden Stein, doch alles war umsonst. Es fehlte mir an Zündhölzchen, und selbst wenn ich damit versehen gewesen wäre, würde ich es wohl nicht gewagt haben eines anzuzünden, aus Angst, meine Eltern könnten mein Missgeschick bemerken und mich schelten. In meiner Trostlosigkeit, die Augen von Tränen getrübt, kam mir plötzlich ein Gedanke. Ohne Zeitverlust und ohne zu überlegen, was ich tat, ging ich schnell auf die Galerie herauf, schlich mich in das Zimmer meines in ihrer Hängematte tief eingeschlafenen Grossmütterchens und ergriff die kleine Statue jenes wunderätigen Heiligen, der alle verlorenen Gegenstände wiederfinden half. Ich ging zu dem Platz zurück, von wo ich den Taler fallen gelassen hatte, und, aus der Tiefe meiner Seele ein Gebet stammelnd, aber ohne zu schwanken, stürzte ich Sant'Antonius von Balkon herunter, auf dass er mir den Taler suche.

Kaum hatte ich diese unehrerbietige Tat vollbracht, plagte mich das Gewissen, als wäre es eine Entheiligung gewesen, und ich hob zitternd und pochenden Herzens, als wollte es mir zerspringen, die Statue wieder auf. Beim Aufheben sah ich unter ihr im Moos etwas funkeln. Ich bückte mich ein zweites Mal und, lache wer mag, was dort funkelte war mein Taler. Zufall, glückliches Zusammentreffen werden einige von Euch denken, unbestreitbares Wunder wird Clemens behaupten: Auf jeden Fall, gesegnet sei jenes Alter, in dem ein rascher Entschluss aus reinem und ehrlichem Glauben, wie ein solcher, der instande ist Berge zu versetzen einunschuldiges Herz eine Tat wie diese hier begehen lässt, die vielleicht tadelnswert ist, die aber Gott versteht und verzeiht!

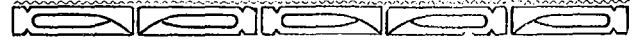
Seit jener Nacht kannte meine Anbetung für den so gütigen und nachsichtigen Heiligen, den ich im Hofe mit Küssen bedeckte, keine Grenzen. Am folgenden Tage erhielt mein Leichtsinn die verdiente Strafe, als sich mein Grossmütterlein Sant'Antonius näherte, um zu ihm zu beten, und bemerkte, dass er die Nase verloren hatte.

Ihr Schmerzensausbruch machte mich erröten und ich war schon im Begriff, ihr meinen Fehler einzuges-
tehen; aber ich schwieg als ich sie sagen hörte:

"Diese Böswichte von Mäusen, nicht einmal die Heiligen werden von ihnen verschont!"



RICHARD PEREZ



Saint Anthony's Miracle

Translated by Richard Pérez



ELFIN de las Peñas, wishing to delight me, voiced his thoughts with the following narrative.

As you know, that for the first twelve years of my life, my home was near the flowery banks of the Guayas River, and it was at that age that my parents brought me to Paris where I was to continue my studies. It was during this early period of my childhood that we moved to our new home, ensconced in the shade of many large palm trees, that was reduced to ashes at the time of the disastrous conflagration of 1896. This loss left in my mind a profound sorrow. I had spent there the most delightful days of my childhood, under the guiding care of my adorable little grandma who so sweetly satisfied my every desire. Even now when I evoke the remembrance of those young days, I see before me that loved home and therein the vivid image of that beloved and venerated woman who so deeply felt the pangs of sorrow when I was, for the last time, gently withdrawn from her fond embrace. Even now, after the lapse of forty years, I can yet feel with deep emotion the ardor of her last kiss. As I close my eyes, I still can vividly see her, just as when I left her. I still see her fine features and youthful loveliness, her glossy white hair, her deep blue intelligent eyes, and her sweet goodness mirrored therein.

I see also the room, as it was then, in which she attended daily to her favorite pastime, the making of

artificial flowers. The weight of her seventy-five winters did not seem to affect her activeness. She reclined in a hammock swung up in the center of the little room adjoining the alcove. My own favorite place was in small hammock suspended from the frame of the door leading to the gallery overlooking the court. Sometimes to my delight, my little grand-ma would take me in her arms and tell me many interesting and instructive stories and any number of miracles performed by all of the saints of the heavenly court. Within reach of her hand, from her hammock, was a little table on which were spread all the necessary articles adapted to her work, such as: vials filled with glue, carmine pigment, powdered colors and pasteboard boxes brimfull of petals, leaves, stamens and pistils, green calyxes, buttons and flowers, all of transparent cambric and fine silk. With wonderful dexterity, grand-ma prepared the branches of artificial flowers destined to be placed, as pious offerings, on the altars of her favorite saints. On the eve of some great religious solemnity, roses, dahlias, pansies and marguerites rivaled in freshness and brilliance with numerous pinks, orchids, jasmines, tulips and lilies, all of which seemed to sprout up from all over as if by enchantment. The floor was carpeted with them, the chairs were heaped up with them and they even were strung up on the walls. It seemed to me that I was then in a conservatory where spring held its treasures, and, to my young mind, those flowers were more beautiful than those that bloomed in our garden.

Many times, granting my request, grand-ma would allow me to help her wrap wires with strips of green paper in imitation of sprouts. Often also as an amusement, I would unskillfully wrap petals around wool yarn. Many times in my awkwardness, I would scatter the blue and green pigments and spill the glue, yet never did my little grand-ma show any impatience or speak a word of reproval.

On the walls of that room surrounded by flowers many artless pictures were hung up on the walls. They represented Saints, Virgins and Martyrs. I knew them all by heart and even now I remember the location of many of them: Saint Louis of Gonzaga, with a scourge hanging from a girdle, contemplating a scull; Saint Hyacinth salvaging a statue of the Virgin from a burning temple; then there was Saint Barbara on top of a

mountain, being decapitated by a fiendish headsman while lightning flashed overhead, an at her feet, her unbelieving and iniquitous father had been stricken down by one of the flashes. Two angels are shown collecting in a chalice her saintly blood, while many little angels are crowning the severed head with white roses. There also appears to my view the painting "Our Lady of Mercies", the patroness saint of the women of Guayaquil; she is shown presenting scapulars to the saints who founded the religious order bearing her sweet name. Hanging beside Saint Rose of Lima, was the beatific Marianne of Jesus, the daughter of Quito. Many other saints were represented, and I never tired of listening, from grand-ma's lips, to the stories of their lives and miracles.

But among all the holy ones, the place of honour was given to a little statue of Saint Anthony of Padua carrying in his arms the Child Jesus. This place was immediately beneath a crucifix. My admiration for this saint was unbounded. My grand-ma had taught me to love and venerate him, assuring me that when fervently implored my prayers would always be answered. His help and protection were infallible when lost objects were prayed for. My devotion to such a kind and bounteous saint, and my firm conviction that I would not implore him in vain, were thoroughly grounded in me. Yet one night when in great need of his help I was actually disrespectful to him.

I had been given one of those small gold coins, such as it was customary in Guayaquil to distribute at baptisms. At present commemorative medals are used; I always carried it with me and would often love to see it shine by sunlight or by a bright moonlight. One night while leaning over the railing of the balcony which surrounded the court of our house which, like all those of Guayaquil, was architecturally a replica of the style of houses in Sevilla, my coin slipped from my fingers to court below. This court was paved with cobble stone, but owing to our hot humid climate was overgrown with a heavy layer of moss. My anguish and sorrow at this mishap were deep, and I flew down to the court and searched for it digging down to the stone, but found nothing. I had no matches, but they would have been useless as I was afraid my parents would see me.

Unconsoable and with tears in my eyes, I suddenly thought of imploring my beloved Saint Anthony to assist me in my search. I ran up stairs rapidly, noiselessly entered the room where grand-ma was sound asleep in her hammock, and quietly lifted from its pedestal the little statue of the miraculous saint. I returned to the balcony where I had previously stood and threw down Saint Anthony, for him to find my lost gold piece. As I did this, I felt the pangs of remorse at my sacrilegious act, and again I flew down to the court to pick up the little statue, and as I did so, behold! I saw something shine in the moss; I took it up and found that Saint Anthony had returned to me my lost coin. Luck, coincidence, miracle? Be that as it may; blessed, a thousand times, is that age at which an ardent faith, seemingly able to move mountains, allowed that little innocent heart to understand and repent for his act of irreverence. God Almighty understood and forgave.

Since that night my adoration for such a kind and indulgent saint knew no bounds and I covered the little statue with kisses. The following morning as grand-ma went to pray to Saint Anthony she noticed that his nose was broken off. Her exclamation of sorrow was so heartrending that I blushed with shame and was on the point of confessing my fault, but I desisted when I heard her exclaim:

—Those confounded mice, they have no respect even for the saints!

INDICE

	Págs.
PROLOGO	I
EL MILAGRO DE SAN ANTONIO <i>Texto original</i>	1
LE MIRACLE DE SAINT ANTOINE, <i>Philine Burnet</i>	5
O MILAGRE DE SANTO ANTONIO, <i>Nuno Beja</i>	9
IL MIRACOLO DI SANT'ANTONIO, <i>Alberto Viviani</i>	13
DAS WUNDER DES SANT'ANTONIUS, <i>Erna Grunert</i>	17
SAINTE ANTHONY'S MIRACLE, <i>Richard Pérez</i>	21

N. B.— En este folleto se han insertado las traducciones, siguiendo el orden de la fecha de cada una de ellas. (V. M. R.)

ESTE OPUSCULO EDITADO EN LA
LITO-OFFSET E IMPRENTA LA
REFORMA EDITORIAL JOUVIN
ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL 18 DE ABRIL
DE 1986.

